

ARGENTINA 1978

Gobernar la pasión, infraestructura, gubernamentalidades y festejos

*Diego Roldán**

El desarrollo de la undécima edición del Campeonato Mundial de Fútbol estuvo rodeado por circunstancias peculiares. Tanto en sus aprestos como en sus ritmos, el torneo quedó marcado por el autoritarismo de la última y más sanguinaria dictadura cívico-militar argentina. A partir de la intención de la dictadura de difundir una imagen favorable de su proyecto de Reorganización Nacional, la XI Copa del Mundo adquirió importantes connotaciones políticas, nacionalistas y propagandísticas. Esas condiciones de producción inusuales permiten inscribir la competencia en una serie de eventos: el Mundial de Fútbol de Italia 1934, disputado bajo los auspicios de fascismo; los Juegos Olímpicos de Berlín 1936, organizados por el nacionalsocialismo, y los celebrados en Moscú durante 1980, en plena Guerra Fría. La secuencia describe un conjunto de competencias deportivas que, al mismo tiempo, involucran, ponen en juego y relacionan identidades nacionales, regímenes autoritarios y efectos internacionales y globales.¹

Alrededor del Mundial Argentina 1978 se establecieron tres líneas de interpretación. La primera en desarrollarse estuvo relacionada con el ejercicio del periodismo y sus resultados se caracterizan por la disparidad, tanto en el campo del aporte documental como de la producción de interpretaciones. Estas últimas con frecuencia relacionadas más con el juicio y la polémica que con la crítica sociocul-

* **Diego Roldán** es doctor en Humanidades y Artes por la Universidad Nacional de Rosario (UNR), Argentina. Profesor de Espacio y Sociedad en la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR. Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y director del Centro de Estudios Culturales Urbanos. Sus investigaciones articulan espacio, cultura, corporalidades. El autor quiere reconocer a Sebastián Godoy y a Claudio Pascual la colaboración prestada en la construcción del aparato documental de este artículo y a Juan Branz por sus atinados comentarios.

¹ A. Tomilson y C. Yung, *National Identity and Global Sports Events: Culture, Politics, and Spectacle in the Olympics and the Football World Cup*, Nueva York, State University of New York Press, 2006.

tural.² Dos ejemplos extremos de esa diversidad son los libros *El terror y la gloria* de Abel Gilbert y Miguel Vitagliano (1998)³ y *La vergüenza de todos* de Pablo Llonto (2005).⁴ Dentro de este *corpus*, conviene incluir, también, algunos registros audiovisuales como el documental *Mundial de Fútbol Argentina 1978*, producido por Cuatro Cabezas en 2003.

La segunda línea hermenéutica está enmarcada en la práctica literaria. Algunas obras contienen intuiciones históricas y políticas de interés, aunque sus problematizaciones han pasado casi desapercibidas para las ciencias sociales. Puntualmente, nos referimos a la tan breve como extraordinaria *Dos veces junio* de Martín Kohan (2002) y la quizá algo más clásica *Hay unos tipos debajo* de Antonio Dal Masetto (1998).⁵ En la novela de Dal Masetto, el Mundial 78 aparece como una presencia permanente, una escenografía que avanza sobre la acción de los personajes hasta devorarla; una atmósfera de vigilancia asfixiante induce al protagonista a una subjetivación paranoide de la potencial persecución y la inminente amenaza de represión. *Dos veces junio* establece un sugerente enlace narrativo entre el triunfo de la selección argentina en el Mundial de 1978 y la derrota del ejército argentino en la guerra de las Malvinas de 1982. En sus páginas, el Mundial aflora en un instante de crisis y desestabilización: la derrota de Argentina ante Italia en el Estadio Monumental. Kohan bucea en la experiencia de quienes ejecutaron la represión. Se trata de un texto escrito desde el punto de vista de los que engrasaron la maquinaria de tortura y cuyo involucramiento resultó indispensable para el dispositivo represor. Ambas obras narran el orden dictatorial, la producción de la persecución, la tortura, la muerte, la censura y el silencio. El ambiente está invadido por el murmullo casi agobiante de las radios y los televisores que irradiaban la epopeya deportivo-política del seleccionado nacional.

La última secuencia interpretativa está compuesta por piezas breves y pertenece a los estudios de las ciencias sociales: los aportes de la sociología de la cultura,⁶

² J. Butler, “¿Qué es la crítica?”, en B. Buden y J. Butler (eds.), *Producción cultural y prácticas instituyentes. Límites de la ruptura en la crítica institucional*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2008, pp. 141-167.

³ A. Gilbert y M. Vitagliano, *El terror y la gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial '78*, Buenos Aires, Norma, 1998.

⁴ P. Llonto, *La vergüenza de todos. El dedo en la llaga del Mundial '78*, Buenos Aires, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2005.

⁵ M. Kohan, *Dos veces junio*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002; A. Dal Masetto, *Hay unos tipos abajo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998. Cabe señalar que *Hay unos tipos abajo* es fruto del guión de una película homónima dirigida por Rafael Filipelli, Emilio Alfaro, Andres Di Tella y Julio Karp, cuyo guión es de Alfaro, Filipelli y Antonio Dal Masetto, y que fue estrenada en 1985.

⁶ P. Alabarces, *Fútbol y patria: El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2002, y del mismo autor, *Héroes, machos y patriotas. El fútbol entre la violencia y los medios*, Buenos Aires, Aguilar, 2014.

la antropología del deporte⁷ y la historiografía del fútbol.⁸ Estos trabajos se concentran en la orquestación del campeonato, la propaganda del evento y el régimen, las modificaciones de las relaciones entre modernización, estilo nacional y el problemático montaje en el que aparecen los festejos populares y la adhesión, promoción y apropiación por parte del régimen dictatorial de esa euforia.⁹ No obstante, resulta llamativo que en el campo de las ciencias sociales el Mundial 78 no haya promovido la realización de una obra de más largo aliento.¹⁰ En general, el Mundial tiene un lugar asegurado en dos tipos de publicaciones, unas dedicadas a alguna problemática referida a la última dictadura cívico-militar y otras ocupadas en indagar el problema del fútbol o el deporte. Dentro de la narración que las ciencias sociales hacen alternativamente de la historia del fútbol y de la última dictadura, el Mundial aparece como un escenario menor o secundario; sin embargo, junto con la guerra de las Malvinas, representa uno de los capítulos más espectaculares de la historia de las estrategias de fabricación de un consenso autoritario y masivo. Y precisamente debido a los resultados más evidentes y difundidos de esa estrategia (exitosos), el Mundial 78 constituye una pieza de abordaje incómodo para las ciencias sociales, ya que propone un enlace significativo entre política, autoritarismo, identidad nacional y deporte popular. En última instancia, se trataría de un hecho excepcional y, por lo tanto, un poco anecdótico tanto de la historia de la construcción del consenso sociocultural de la dictadura como de la espectacularización del fútbol; pero esa excepcionalidad puede contribuir a la productividad de su problematización. El Mundial 78 configura una maquinaria significativa y una constelación de relaciones de poder: razones gubernamentales de orden social y de tipo deportivo, deporte y cultura popular, autoritarismo político y rituales de producción de consenso. Además, el Mundial produjo efectos duraderos en el campo político y futbolístico, así como en la producción de infraestructura deportiva y de comunicaciones, tanto en el

⁷ Archetti, E., "El mundial de fútbol de 1978 en Argentina: Victoria deportiva y derrota moral", *Memoria y civilización*, núm. 7, 2004, pp. 174-194.

⁸ L. Ferrero y D. Sazbón, "Argentina '78: La nación en juego", *Caravelle*, núm. 89, 2007, pp. 139-155.

⁹ Es también notable la ausencia de estudios rigurosos sobre la recepción y las audiencias. La mayor parte de los trabajos, incluido el aquí presentado, tiende a enfatizar la cuestión de los mensajes sin atender a su decodificación o su consumo activo. D. Sazbón y S. Uliana establecen la pieza inicial para ese debate en "No podía dejar de ir. El mundial 78 desde la perspectiva de los hinchas", en J. Frydenberg y R. Daskal (comps.), *Fútbol, historia y política*, Buenos Aires, Aurelia Rivera, 2010.

¹⁰ Puede anotarse la reciente excepción de la tesis doctoral de Ernesto Sobocinski Marczal, "¿Qué otra cosa se puede festejar? Paixao e política nas narrativas sobre a copa do mundo de futebol na Argentina (1975-1978)", Universidade Federal do Paraná, 2016.

plano de las redes rígidas como de las flexibles. En las páginas siguientes se desarrollan algunas pistas y trayectos posibles para continuar la labor de problematización crítica de este acontecimiento marcado por cierto estado de excepción.

LAS CONDICIONES DE POSIBILIDAD

El Mundial 78 se preparó durante mucho tiempo, desde la designación de la Argentina como sede, en 1966, hasta el partido final contra Holanda, el 25 de junio de 1978. Ese proceso tuvo algunas palabras clave: modernización, infraestructura y comunicaciones. En esos campos, se desplegó una acción gubernamental gestualmente emparentada con el desarrollismo. La dictadura buscaba mostrarse como continuadora de ese modelo económico. Los atributos de la modernización tecnocrática la convertían en la gran impulsora y orientadora de un desarrollo que se combinaba con una política circunscrita en la administración y fortalecida por el puño autoritario. La participación popular en la toma de decisiones sobre estos asuntos se mantuvo por completo amputada. Las masas sólo fueron convidadas a integrarse tardíamente a los rituales que se escenificaron en coliseos ya terminados; sin embargo, esas agencias masivas reconfiguraron parcialmente el tablero acerca de lo que podía hacerse y decirse.

En ese mundo de la modernización —destrucción, creación y sustitución— de infraestructuras, despuntaron los expertos contratados a término, las asesorías empresariales, la terciarización de las prestaciones y las figuras emblemáticas de la patria contratista: Bentio Roggio, Franco Macri, Ignacio Polledo, César Petersen. La maquinaria administrativa ideada para canalizar ese proceso fue el ente autárquico Mundial 78 (en adelante, EAM 78), caracterizado por nuclear el número mínimo e indispensable de personal y proceder a su autodisolución tras un año de finalizado el torneo. A la par de la sombra de un Estado, aún dotado de capacidades de intervención socioeconómica, medraba una nueva silueta empresarial que comenzaba su carrera ascendente en pos de la apropiación de recursos públicos. Preocupado por lo que la dictadura llamaba campañas de difamación extranjera,¹¹ uno de los objetivos primordiales del EAM 78 fue difundir una imagen positiva de la Argentina en el exterior.

En el marco del evento deportivo se desarrolló un volumen importante de obras. En tres subsedes del interior, Córdoba, Mar del Plata y Mendoza, se construyeron estadios nuevos. Con frecuencia, arquitectos e ingenieros debieron re-

¹¹ M. Franco, "Derechos humanos, política y fútbol", *Oficios Terrestres*, núm. 22, 2008, pp. 27-46.

resolver problemas relacionados con el entorno. En el caso de Mar del Plata, la situación generada por los fuertes vientos implicó el reforzamiento de las estructuras de soporte para techos y columnas de iluminación. En Mendoza, se practicó un socavado del terreno para colocar el estadio bajo nivel y no afectar la visión del paisaje precordillerano. Asimismo, se procedió a adaptar los estadios de River Plate, Vélez Sarsfield y Rosario Central. Uno de los objetivos de la distribución territorial de estas obras consistía en prestarle un carácter federal a los lugares en los que se desarrollarían las competencias, hecho que entró en sinergia con la convocatoria de jugadores. Las localizaciones bascularon sobre tres criterios: la tradición y arraigo del fútbol en las subsedes, la preexistencia de cierta densidad de funciones urbanas y los potenciales aprovechamientos turísticos. Esta tríada estableció por defecto las subsedes de Mendoza y Mar del Plata que sólo cumplían los últimos dos criterios. La falta de arraigo masivo de la práctica futbolística de alta competencia en estas ciudades implicaría que esas construcciones terminarían convirtiéndose en elefantes blancos.¹² Igualmente, se montó otra infraestructura relevante, como los centros de prensa. Quizá, en este ámbito, la obra más espectacular haya sido el edificio de la planta transmisora de Televisión Argentina Mundial 78 de la entonces Capital Federal. Como sostiene Santángelo,¹³ la estructura del canal se proponía borrar una de las huellas políticas que había dejado el peronismo en Buenos Aires.¹⁴ Los cimientos del inconcluso Altar de la Patria, cuya figura central era el Descamisado, fueron dinamitados por ingenieros militares. La infraestructura para las nuevas transmisiones televisivas a color se opuso a otra presuntamente menos neutra, más politizada, con mayor carga simbólica y ritual y menor capacidad funcional. Las huellas que el peronismo había impreso en el tejido urbano de Buenos Aires debían ser extirpadas. Con esa premisa se procedió a sustituir el basamento del Altar de la Patria por el complejo Televisión Argentina Mundial 78 y a emprender una feroz campaña de erradicación de villas miserias.¹⁵ La ciudad debía exhibir su parte más agraciada al mundo. La zona norte de Buenos Aires fue el área más intervenida por la nueva infraestructura urbana, mientras que el sur quedó relegado. En este plano, poco importó la obs-

¹² P. Alabarces, *Héroes...*, *op. cit.*

¹³ M. Santángelo, "Un mundial a colores: Arqueología de un predio", en *Registros*, núms.10-11, 2014, pp. 134-149.

¹⁴ A. Ballent, *Las huellas de la política: Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*, Buenos Aires, UNQ, 2005.

¹⁵ E. Blaunstein, *Una historia de los planes de erradicación de villas de la última dictadura*, Buenos Aires, Cuadernos de Causa Popular, 2006.

cena proximidad del Estadio Monumental, escenario neurálgico del torneo, y la Escuela de Mecánica de la Armada, el mayor centro de detención clandestino de la dictadura.

En el resto de las subsedes también se produjeron intervenciones. Se procedió a mejorar la conectividad caminera, a remodelar y acondicionar las terminales de transporte aéreo y terrestre, a la construcción de centros de prensa y comunicación y a la producción de espacios para alojamiento: hoteles. Este tipo de inversiones plantearon un notable desbalance presupuestario que contrastaba con la austeridad racionalizadora declamada por la gestión económica. Tal paradoja planteó un contrapunto entre el ministro de Hacienda, Juan Alemann, y la cara visible del EAM, el almirante Carlos Alberto Lacoste. Ese enfrentamiento, por momentos bastante radical, muestra hasta qué punto la institucionalidad de la dictadura estaba fracturada y ocultaba una multiplicidad de intereses y puntos de vista. Alemann acusó a Lacoste de haber contribuido a una hipertrofia del gasto en el evento deportivo internacional. Según sus estimaciones, el campeonato había insumido, al menos, 700 millones de dólares: 400 demandó la construcción de los estadios, 200 la de los aeropuertos y la infraestructura y 100 el edificio de Argentina 78 Televisora. Frente a las requisitorias de Alemann, Lacoste contestaba que lejos de tratarse de un mero gasto, las obras del Mundial 78 eran una inversión. Las campañas publicitarias sobre el despliegue de inversiones en comunicaciones, conectividad, alojamiento, embellecimiento urbano fueron presentadas como obras perdurables, capaces de ser aprovechadas y capitalizadas en un futuro. Cuando fue evidente que ni la afluencia de turistas ni la venta de entradas conseguirían equilibrar los gastos de los preparativos, sólo el potencial aprovechamiento que la Argentina haría de la infraestructura instalada podría compensar los esfuerzos y sacrificios económicos que demandó el Mundial 78.

El gobierno de la dictadura intentó presentarse como una especie de neodesarrollismo. No obstante, esa contigüidad se establecía en términos autoritarios, expulsando de la toma de decisiones cualquier tipo de participación política. Las licitaciones fueron orquestadas para favorecer a determinados contratistas y la toma de decisiones fue confiada a los criterios técnico-administrativos *neutrales* de los expertos. La imagen modernizadora aspiraba a la homogeneidad y la ausencia de fracturas. A pesar de las controversias alrededor del gasto y la inversión del orden de prioridades en la distribución de los recursos, la dictadura intentó proponer una modernización autoritaria y disciplinadora de las interacciones sociales y políticas, capaz de desterrar las rémoras de una Argentina tradicional, aislada

del mundo y sumida en una premodernidad que se asociaba con el movimiento peronista. El modernismo autoritario creaba disciplina productiva, despolitización, contratos interesados y obras públicas. A su vez, esa disciplina administrativa y la materialidad de la infraestructura configuraban el principal combustible del modernismo autoritario. La dictadura exhibía sus obras, sus logros en materia de logística y organización como el fruto de un conjunto de decisiones técnicas y pospolíticas, a las que la sociedad argentina se habría adherido.

Con referencia a la implantación de la nueva central para las transmisiones televisivas a color, el intendente Cacciatore afirmó el rumbo racionalizador y despolitizador de la reforma y la modernización en la gestión. La intención era promover un contrapunto con la etapa anterior dominada por el peronismo: “esa época de vergüenza y demagogia desenfrenada [...] con afán desmedido de levantar monumentos que sólo respondían a fantasías carentes de racionalidad”.¹⁶

GUBERNAMENTALIDADES¹⁷ SOCIOECONÓMICAS Y FUTBOLÍSTICAS

En 1978, poco tiempo antes de la celebración del campeonato, aparecía el primer número de la recordada revista *Humor*. La tapa de ese ejemplar está dominada por una caricatura de Andrés Cascioli. Se trata de un ser híbrido con la fisonomía del técnico del seleccionado nacional, Cesar Luis Menotti, y las grandes orejas del ministro de economía del gobierno golpista, José Alfredo Martínez de Hoz. Menotti de Hoz, tal la designación atribuida por el humorista a esta criatura, afirmaba: “El Mundial se hace cueste lo que cueste”. Quizá esa propuesta humorística podría emparentarse con los lamentos por el despilfarro que formulaba Alemann. Sin embargo, una lectura retrospectiva e integral exhibe uno de los marcos en los que se asocian las tecnologías de gobierno social y futbolístico.

Propuesta y formulada por Martínez de Hoz y su equipo, la gubernamentalidad socioeconómica de la dictadura se fundaba en una modernización autoritaria con influencias neoliberales y objetivos de apertura a los mercados internacionales. Mientras, la gubernamentalidad futbolística de Menotti y su equipo técnico impulsaba una modernización disciplinaria y colectivista de un juego tradicionalmente centrado en la habilidad y el talento individuales, que según el mito

¹⁶ M. Santángelo, *op. cit.*, p. 142.

¹⁷ El término gubernamentalidad responde a la definición dada por Michel Foucault, “Gubernamentalidad”, en G. Girogi y F. Rodríguez (comps.), *Ensayos de biopolítica*, Buenos Aires, Paidós, 2009. Para una ampliación desde una perspectiva latinoamericana, véase S. Castro Gómez, *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 2010.

difundido por Lorenzo Borocotó en *El Gráfico*, se había forjado en los potreros.¹⁸ Ambos modos de producción de una nueva economía política en las relaciones Estado-mercado-empresas y una nueva subjetividad entre los trabajadores y futbolistas se relacionaban con la modernización, la importación de modelos extranjeros, la conservación de ciertos valores esenciales (nacionalismo, catolicismo y estilo nacional) y se autodenominaban procesos. Estas gubernamentalidades tenían el objetivo común de arrancar del atraso y hacer competitivas a la economía, la sociedad, las instituciones y el estilo futbolístico argentinos. Una misma racionalidad mercantil, empresarial, competitiva y despolitizadora orientaba la marcha de ambos “procesos”, uno de reorganización nacional y el otro de modernización futbolística.

El proyecto socioeconómico comenzaba con una fuerte ofensiva contra todas las formas de politización que problematizaran el orden capitalista hegemónico. Basándose en los diseños de políticas represivas de la Escuela de las Américas, la dictadura diseñó un plan sistemático de secuestro, tortura, reclusión y exterminio de seres humanos, cuyas ideas y prácticas políticas se vincularan principalmente con tres movimientos: el peronismo de Montoneros, el marxismo vinculado al trotskismo y las formas de organización del sindicalismo. Los sujetos más afectados fueron los jóvenes, sus estilos de vida quedaron constreñidos por las intervenciones y censuras a las expresiones culturales de la época.¹⁹ Además, la dictadura estableció un férreo control y una poderosa represión para desarticular las formas de organización obrera en las fábricas y en los barrios. En este campo, el blanco principal fueron los delegados del sindicalismo clasista y las organizaciones de base resultantes de su militancia territorial. Esta maquinaria, que ocasionó la desaparición forzada seguida de la muerte de treinta mil ciudadanos, creó las condiciones para el exterminio de las expresiones políticas disidentes. Fue la condición de la modernización de la infraestructura, la disolución de una parte significativa de la industria nacional, la degradación de las condiciones de trabajo, la desarticulación de las organizaciones de base, la apertura de la economía a las importaciones y el reforzamiento de una razón gubernamental que fomentaba la difusión de mecanismos de mercado y consolidaba las instituciones empresariales.

¹⁸ E. Archetti, *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

¹⁹ L. Luciani, *Juventud en dictadura: Representaciones políticas y experiencias juveniles en Rosario: 1976-1983*, La Plata, UNLP/UNM/UNGS, 2017.

En el plano futbolístico, Cesar Luis Menotti inició también un “proceso”. Menotti tomó algunas decisiones con las que intentó desmarcarse de sus predecesores. Tras su exitosa campaña con Huracán (1973), fue designado como el técnico de la selección. Su figura está atravesada por componentes paradójicos y ambiguos acerca de sus posiciones políticas y su contribución a los objetivos de la dictadura. Esa ambivalencia recorre un arco dilatado que va desde su declarada vinculación al Partido Comunista hasta su blindaje mediático favorecido por la dictadura, pasando por su magnetismo personal, su retórica, al mismo tiempo modernista y esencializadora, y su trabajo corporal y psicológico con los jugadores con base en la combinación del entrenamiento físico, el juego colectivo y la arenga épica.

El inicio del “proceso” implicaba el final de las improvisaciones que habían caracterizado las etapas anteriores, especialmente la malograda participación de la Argentina en el Mundial de Inglaterra 1966. Por primera vez en la historia del fútbol argentino, el jugador contaba con una infraestructura y una planificación sistemática y de largo plazo. El proceso no se recostaba sobre individualidades marcadas. Si bien había caudillos (Pasarella), jugadores habilidosos (Ardiles) y delanteros de comprobada eficacia (Kempes), los nombres no destacaban por encima del conjunto. En más de una ocasión, el técnico sostuvo que en la selección argentina no existía un jugador imprescindible. Esta divisa alcanzó su punto más alto cuando Menotti decidió excluir de la nómina del plantel al aún muy joven, pero ya sin dudas extraordinario Diego Maradona. La constante del proceso fue la figura y la voz conductora de Menotti, quien era caracterizado como un hombre con un férreo control de sus emociones, capaz de mantener la sangre fría tanto en la victoria como en la derrota.

Para alcanzar un nivel internacional, el equipo debía entregarse a una movilidad permanente, capaz de erradicar la lentitud del fútbol argentino. Había una voluntad de introducir nuevos atributos: movilidad funcional, defensa coherente, zonal y sistemática, achique hacia adelante, un mediocampo con toque corto, buen control y escaso traslado lateral. La consigna era no transitar con la pelota, sino tocar, rotar, relevar y crear espacios para sorprender al rival. En síntesis, crecía en el juego de la selección una nueva “filosofía futbolística”, el luego llamado menottismo. Estos elementos modernizadores del juego implicaban la movilización de los cuerpos de los jugadores, una ardua preparación física y una mayor concentración para el acople colectivo. A su vez, estos factores progresivos se completaban con elementos tradicionales basados en la habilidad y el estilo criollo. El clímax de esta duplicidad puede observarse en el comentario de Marasco a Me-

nocti en vísperas del torneo: “Si Argentina llegara a salir campeón es probable que haya una *revolución* en nuestro fútbol. *La habilidad será de nuevo el esquema de los equipos argentinos*”.²⁰

De modo que si bien había que entregarse a la disciplina de la modernización inscrita en la velocidad, la fuerza, el juego colectivo y el trabajo de la semana, también debían preservarse los atributos clásicos. No había que perder de vista los orígenes, las fuentes del buen juego argentino, la esencia del *crack* que brotaba en el potrero. El sacrificio se realizaba en pos del buen juego, de un riguroso *fair play*, cuyo único estandarte a defender eran las características de un buen espectáculo, nutrido por un estilo que enamorara a los espectadores. En ese torbellino de ambigüedades y paradojas se movió el juego de la selección. Si bien no consiguió desarrollar un brillo extraordinario en los campos de juego, las actuaciones que siguieron a la derrota contra Italia comenzaron a entusiasmar a hinchas y periodistas deportivos. Incluso Henry Kissinger, ex canciller estadounidense y espectador interesado de la goleada de Argentina frente a Perú, llegó a subrayar: “me agradó mucho la Argentina. Y me impresionó enormemente ese constante aliento que el pueblo argentino brindó a su equipo [...] me sorprendió el ritmo, lo que hacía que no pareciera un equipo argentino”.²¹

Menotti imprimió un nuevo funcionamiento a la selección. El correcto estado físico, la coordinación de los movimientos, la concentración desarrollada con muchos meses de anticipación y las arengas en pos de desarrollar convicciones resultaron elementos clave. Menotti afirmó haber culminado exitosamente el proceso, no tanto por haber alcanzado el primer puesto en el certamen, como por no haberse alejado nunca de sus convicciones más firmes: jugar en defensa del espectáculo, mantener un esquema ofensivo y sostener una movilidad permanente. En el registro que trascendió de su charla técnica de la final contra Holanda pueden observarse esos elementos armonizados y dinamizados a través de un discurso que pulsa la cuerda épica de los aprestos para una batalla: “Respeten sus convicciones. Nuestra obligación es hacer lo imposible por darle a la gente, a nuestra gente, un espectáculo inolvidable [...] Jueguen siempre. La lucha es un ingrediente más del fútbol. El que da batalla no debe olvidarse de jugar nunca [...] Que nos ganen, que muramos con la verdad entre las manos. Ganemos, si se puede, de la misma manera”.²²

²⁰ *El Gráfico*, 16 de mayo de 1978.

²¹ *La Capital*, 22 de julio de 1978.

²² *El Gráfico*, 27 de junio de 1978.

DESPOLITIZAR LA PASIÓN

Alabarces afirma que leer una ceremonia inaugural es analizar las formas en que un sector hegemónico imagina a la sociedad y los efectos anhelados en los otros, en los espectadores y en los imaginados por esa escenificación.²³ En este plano, la ceremonia inaugural del Mundial 78 constituye un campo de autorrepresentación, cuya imagen está atravesada por el deseo de obtener, especialmente en el extranjero, reconocimiento y respeto. Pero también podemos observar esos minutos de la ceremonia, colmados por las capas densas y diferentes del imaginario castrense, como una expresión basada en movimientos gimnásticos individuales y articulación de figuras colectivas de la gubernamentalidad de la dictadura. Una tecnología caracterizada por una relación tensa y de cierto extrañamiento con respecto a las articulaciones entre cultura, deporte y acontecimiento. La representación de los jóvenes gimnastas fue la de un conjunto de cuerpos asexuados y encapsulados en rigurosos trajes blancos. El movimiento y su dinámica de conjunto mostraban la coordinación de un organicismo autoritario orquestado por el sonido de los silbatos. Los atributos simbólicos que transmite el ensamble son jerarquía, orden, disciplina, higiene, lazos orgánicos, desexualización vestimentaria, neutralidad, equilibrio, coordinación, acople y disolución del individuo en el conjunto.

Tras el desfile de las delegaciones nacionales, todas las señas de multiplicidad y diferencia quedaron aplanadas, una homogeneidad absoluta ofrecía una corporalidad dócil, unos movimientos gobernables y unas figuras despolitizadas. El alcance de este *performance* fue reforzado por la prensa, que valoró esta teatralización gimnástica del mismo modo que lo hiciera con la construcción de infraestructura para el campeonato: “Los argentinos pueden ser ordenados y disciplinados, cuando reciben y acatan órdenes. He aquí una muestra incontrovertible: la ceremonia inaugural del mundial 78”.²⁴

Estas imágenes y fórmulas narrativas contrastan poderosamente con los festejos que otros argentinos, menos regidos por el son de los silbatos y más proclives al ritmo de las bocinas, los cánticos y los bombos en las calles luego de las victorias ante Polonia y Perú. Ambos festejos canalizaron el *crescendo* de un entusiasmo popular que estalló luego de la final contra Holanda. En esos días, las calles sólo aparecieron rigurosamente ordenadas y vigiladas en los momentos previos a los

²³ P. Alabarces, *Héroes...*, *op. cit.*

²⁴ *Los Andes*, 2 de junio de 1978.

partidos. Esa sensación de ciudad abandonada, de urbanización desolada, de poblado fantasma fue registrada por los periódicos con idénticas cuotas de sorpresa y fascinación.

A la mañana fue una ciudad a todo ritmo de día de fiesta, de fiesta distinta casi inesperada. Como un día de asueto, de esos en que todos están de acuerdo y se miran como sabiendo que están compartiendo algo muy profundo [...] Después llegó el atardecer y la ciudad, de repente, quedó vacía. Se hicieron dueños de sus calles *los solitarios indiferentes, los que trabajan, alguna pareja de enamorados* [...] En los bares, frente a los televisores encendidos, nadie tomaba nada, nadie quería otra cosa que mirar, mirar y mirar. Y el partido les ofreció todo, como para que nadie se olvidará lo vivido. Cuando terminó [...] la ciudad se pobló de bocinas, autos, gente que iba y venía, de miles y miles de banderas azul y blanco. Hubo una explosión de optimismo. Ocurrió entonces lo que se sabe pero que se necesita comprobar, vivir para saber: la alegría, si nace desde adentro, y es la misma alegría de los demás, no puede ser alcanzada con palabras, como el amor, como el olor de la fruta, como el sabor del vino [...] Como el mejor remedio para toda melancolía [...] Ayer lo vimos así. Ahora nos queda vivir —pero con mayor fuerza— las otras esperanzas. Y merecemos alcanzarlas. Porque son nuestras, porque son de todos.²⁵

La tensa calma que dominaba las calles en las horas previas y durante el partido, era brutalmente desarticulada tras la finalización del encuentro. Entonces, una marea humana copaba las arterias principales de los centros urbanos. Sin concierto, disciplina ni regularidad esa multiplicidad se movilizaba en perfecto desorden, ocupando los lugares diseñados para la circulación. Autos, peatones, hombres, mujeres, niños portaban banderas, cornetas, bombos, se vestían con los colores de la selección y producían un gran alboroto. En esas movilizaciones espontáneas, en esos paseos al son de los cánticos de un “dale campeón, dale campeón, dale campeón”, que remedaba de modo algo más despolitizado el ritmo de la marcha peronista, podía observarse una euforia masiva que contrastaba con aquellos movimientos planificados y mecánicos de la ceremonia inaugural y con las prácticas de control y vigilancia militar-policial-civil a las que estaban sometidas las trayectorias urbanas. En esa brecha prosperaban las fuerzas y las potencias de la multitud: relativa espontaneidad, libertad y capacidad de autoorganización. El repertorio de esas movilizaciones estaba fijado por un código futbolístico y no por movimientos castrenses que remedaban el anacronismo inscrito en las fantasías autoritarias de los batallones.

²⁵ *La Capital*, Rosario, 15 de junio de 1978.

En esos festejos populares y masivos, que se desplegaron sobre los puntos neurálgicos de las tramas urbanas de la Argentina, la calle emergió como un espacio copado por formas de espontaneidad apasionada. Como muy pocas veces en la historia de la dictadura, la calle y la ciudad aparecieron como un punto de fuga frente a un orden rígido, autoritario y excluyente. Pero ese espacio de expansión debía mantenerse como una excepción regulada, un aflojamiento del orden, pero en una relación de dependencia distanciada con éste. Una celebración cuyo símbolo aglutinante era la selección de fútbol, los colores nacionales y en última instancia el gobierno que había organizado las condiciones de posibilidad de esa fiesta. La calle, como espacio de excepción a las prácticas autoritarias de la dictadura, fue alejada de sus potencias para articular formas de resistencia e insumisión. Los medios de comunicación —entre los que destacan la editorial Atlántida, Clarín y La Nación— y las voces ventrilocuadas por la dictadura intentaron fijar un sentido homogéneo para ese *performance*, donde la multiplicidad no pudo ser del todo aniquilada por el *nosotros* y el *todos* autoritario del discurso. No obstante, para evitar los desbordes, el teatro callejero del festejo, la parodia carnavalesca, fueron absorbidos a través de técnicas de antropofagia por el aparato institucional y simbólico de la dictadura.

Estas multitudes delirantes, limpias, unánimes. Es lo más parecido que he visto a un pueblo maduro, realizado. Vibrando con un sentimiento común, sin que nadie se sienta derrotado o marginado. Y tal vez por primera vez en este país sin que la alegría de unos signifique la tristeza de otros. Esta fue nuestra fiesta, nuestra mejor fiesta porque fue la fiesta de todos. Quien de nosotros no se abrazó con un desconocido, quien de nosotros no saltó con fervor, quien de nosotros no sintió que esta alegría era la alegría que siempre habíamos soñado y que ahora podíamos empezar de nuevo y de otra manera. Más profunda y más hermosa. Quien de nosotros no gritó con toda el alma, con todo el corazón. Este grito. La multitud grita “¡Argentina!”²⁶

CONCLUSIONES

Se procuró presentar tres problemas nodales para la comprensión del Mundial de Fútbol Argentina 1978 en este ensayo. El primero referido a las condiciones de posibilidad infraestructurales del evento en la situación de excepción. Luego, los efectos de convergencia que existieron entre las tecnologías del gobierno militar y el mundo futbolístico. Por último, el desarrollo paradójico de movimientos y

²⁶ Félix Luna, en la película de S. Renán, *La fiesta de todos*, 1979, H. Sofovich y M. Sabato (guión), A. Arista-rain (producción), Buenos Aires, Aires Cinematográfica Argentina, 110 min.

corporalidades estrictamente reguladas en la ceremonia inaugural y cuerpos-movimientos apenas encauzados durante los festejos callejeros, lo que podría definirse como una cultura materializada, encarnada y expresada por las corporalidades.²⁷

En la construcción de infraestructura, la dictadura ansió mostrarse como la continuación autoritaria y, por eso mismo eficaz, del desarrollismo de la década de 1960. Tanto la producción de una infraestructura física como de otra de comunicaciones estuvieron empeñadas en la construcción e irradiación de una imagen de la Argentina como país moderno, con un desarrollo que se desplegaba sin disensos ni debates. Por momentos, el gobierno fantaseaba con que ese desarrollo no sólo promovería el advenimiento de una modernización sino de un disciplinamiento social y político. En ese imaginario, la modernización dictatorial operaba como la aplicación de un sedante y, en definitiva, un antídoto contra las pasiones, los sueños y las utopías políticas que recorrieron el periodo previo.

Las macropolíticas conducidas por Martínez de Hoz, el equipo económico y el control militar hallaron un correlato micropolítico en las tecnologías que Menotti estableció a lo largo del llamado proceso sobre el plantel de la selección. Para Menotti, habría una esencia nacional del fútbol argentino, pero que debía ser subsumida en un orden y un sistema de juego moderno y europeo. Esta nueva “filosofía futbolística”, al igual que el desarrollo y la modernización, requería disciplina, preparación física, coordinación sistemática, trabajo sacrificado y acoplamiento de los jugadores para el desarrollo de un nuevo juego colectivo, basado en la velocidad, la movilidad y la funcionalidad.

Aunque el juego del equipo nunca alcanzó el despliegue de su retórica, los simpatizantes comenzaron a entusiasmarse tras la primera fase. Los hinchas en las calles festejaron a la selección. No obstante, también llenaron con su algarabía el vacío dejado por el juego gris del equipo nacional en algunos partidos. Asimismo, compusieron ciertas estrategias apasionadas para ocupar espacios disciplinariamente dispuestos por la gubernamentalidad militar. Las potencias que las masas desplegaron sobre las calles céntricas de las mayores ciudades, los intersticios que ante el orden homogéneo abrieron con su multiplicidad y la ausencia de cualquier tipo de organización, tuvieron que ser cancelados por la dictadura. Al gobierno le preocuparon las hibridaciones más peligrosas, especialmente las que invocaran solapadamente los contenidos de la cultura popular y política peronista.

²⁷ T. Csordas, “Embodiment as Paradigm for Anthropology”, *Etnos*, vol. 18, núm. 1, pp. 5-47.

Los mecanismos antropofágicos del gobierno de Videla, Massera y Agosti ensayaron afrontar y cancelar el potencial de una de las primeras y más importantes manifestaciones populares en las calles argentinas desde el golpe de estado de 1976. La apuesta estuvo consagrada a encauzar los excedentes no futbolísticos que transportaban los festejos. Las potencias populares fueron encapsuladas y despojadas de atributos revulsivos a través de la retórica de la unanimidad nacional, el énfasis en el triunfo implícito en la rigurosa organización del certamen y la planificación sistemática y eficaz desplegada por el gobierno de la Junta Militar. ❧